

# El síndrome de Estocolmo de Antonio Pereira

Nicolás del Hierro

Parece que no está ocurriendo nada, pero se está viendo, palpando, viviendo cuanto el escritor, el narrador, aborda en el suave armazón literario de sus relatos breves. La descripción de Antonio Pereira, la narrativa de sus cuentos, tiene tanto de pictórica, que el lector es incapaz de no ver con los ojos de su espíritu (siempre y cuando el lector se halle en posesión de tales) aquello que el escritor ha vivido en el instante de su creatividad. Son pinceladas de diccionario, armonías acentuales, cromatismos de existencia lo que el autor consigue en sus cuentos. Yeso que, a veces, no son ni cuentos lo que nos está ofreciendo. Resultan pasajes de un momento, o de muchos momentos; pero ahí está el paisaje literario, la paginación lírica que la situación narrada consigue.

Antonio Pereira, poeta en su nacimiento al mundo de las letras («El regreso», col. Adonais, Madrid 1964), encauza pronto con la narrativa («Una ventana a la carretera», Ed. Rocas, Barcelona 1967) y va a ser este el camino donde, sin duda, mejor se mueva el autor. Incluso, dentro de la prosa, será el relato breve, antes que la novela («Un sitio para Soledad» y «La costa de los fuegos tardíos»), donde imponga su dominio.

Es cierto que el poeta goza de una preferencia especial para abordar el cuento literario, porque la poesía obliga a una selección de las palabras, y tal ejercicio es utilísimo a quienes escriben cuentos. Es ésta una rama de la literatura donde la exigencia idiomática ha de imponerse con severidad, si es que se quiere conseguir un nivel de calidades. Y el leonés Pereira, mejor dicho berciano (Villafranca del Bierzo), está en ese alto nivel que el cuento literario o relato breve goza, estos momentos, en España, por méritos de media decena de nombres.

«El síndrome de Estocolmo» es el quinto volumen de cuentos que de este autor se publica y el título corresponde al primero de los quince relatos que componen la presente entrega, y, como es de suponer, en él hay una alusión directa al fenómeno psicológico que, a veces, se genera entre reos y víctimas. Sucede que, como en la vida -creo-, en sus obras, Antonio Pereira, es mucho más de armonías que de contrastes, por lo que, aquí, se armoniza hasta el secuestro: todo el relato está lleno de tal transparencia lírica, que casi se hace caballerosidad. Se podría pensar que,

tanto secuestrados como secuestradores, acaban dispuestos a tomarse unas copas juntos: «aquellos señores no se habían portado tan mal». Pero lo de menos son los temas en el conjunto de sus relatos. Repito que, en alguna ocasión, éstos no son sino situaciones, que la habilidad del escritor convierte en maestría narrativa. Sí hay en este volumen, con relación a otros anteriores, un gran cambio, una gran amplitud geográfica en la ubicación de los acontecimientos. Aquel escritor de «Una ventana a la carretera» o de «El ingeniero Balboa y otras historias civiles», que hacía expansión del localismo, vive (y es lógico en quien hace crecer su obra) una evolución constante y nos ofrece aquí enclaves universales para sus desenvolvimientos temáticos. Ya no es sólo el vecino Portugal, el que con frecuencia aparecía en sus obras, y del que aquí también queda la muestra en una «Visita impía de Gulbenkian». Su literatura, en el «El síndrome de Estocolmo», se realiza en un mundo sin fronteras: Argentina, Puerto Rico, Brasil, Venezuela, Nueva Orleans, Rusia, Rusia que se repite...

No obstante, el escritor no pierde jamás sus raíces bercianas en un idioma donde prima la pureza; pureza de palabra que hace pensar a no pocos ensayistas, críticos e investigadores, considerándole, junto a Crémer y algún otro de su generación, como precursor de la hoy llamada Escuela de León (Mateo Díez, Merino, Llamazares, González-Guerrero...), tan vigente y de tanta influencia, estos últimos tiempos, en la literatura española.